

## JOSÉ ENRIQUE RODÓ

por Carlos Real de Azúa

Pocos escritores americanos han gozado en vida, y aun desde su iniciación juvenil, de una resonancia y un prestigio mayores que los de José Enrique Rodó. El escritor uruguayo conoció el éxito y ejerció magisterio a una edad en que casi todos sus colegas se debaten entre los balbuceos de su propia expresión y la indiferencia general del medio que les rodea. Algunos han explicado esta situación impar, subrayando el contraste entre la literatura que le precedía y la que él, tan rápidamente, impuso. El siglo XIX no había sido en el Uruguay un período de silencio o de esterilidad. Pero la de su cultura fue, casi siempre, una actividad ahogada por urgencias mayores, por pasiones más hondamente vividas. Sus poetas, sus oradores, sus historiadores, sus raros narradores habían producido muchas páginas que no están desprovistas, por cierto, de inteligencia, o de gracia, o de sentimiento auténtico o de hondo sentido de la responsabilidad. Están hundidas casi siempre, sin embargo, en obras marcadas por lo circunstancial, por lo ocurrente, por lo esporádico, por la carencia de rigor o de un último cuidado. ¿Cómo no sentir la tajante novedad de un hombre aplicado con todos los encendimientos de la más alta ambición a una producción continua, afirmativa y segura? Rodó apareció así para sus contemporáneos como una excepción, como un solitario. El juicio nos puede parecer hoy excesivo; no cabe duda, a pesar de ello, que el autor de "Ariel" vivió sus años más plenos y creadores sin disfrutar en su medio de una relación espiritual con mentalidades parejas a la suya y que es este carácter monologal de su pensamiento el que ha podido dar a alguno de sus libros cierto tono de solemnidad, de discurso, que un diálogo personal más vivo y frecuente hubiera, sin duda, flexibilizado.

Empero, no debe olvidarse que, por su nacimiento y por su obra, Rodó perteneció a la generación intelectual y socialmente más brillante que ha producido el país, la que integraron, entre otros, Carlos Vaz Ferreira, Carlos Reyles, Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Florencio Sánchez y Javier de Viana, la que fue conmovida y apasionada por la prédica y la acción de Batlle y Ordoñez, en un período que dio al Uruguay nuevas leyes e instituciones y renovó sustancialmente, modernizándola, la estructura de nuestro Estado.

Había nacido Rodó en julio de 1871, en el Montevideo que, salvo el lapso final de su escapatoria hacia Europa, fue testigo de casi todos sus días. Las

influencias decisivas de un hogar pacífico, firme y culto; burgués y acomodado sin llegar a la opulencia, favorecieron en Rodó los perfiles de un carácter — que nunca cambiaría ya sustancialmente — formado de inclinación contemplativa, pasión estudiosa y cierta indisimulable retracción interior, extremada a menudo hasta la indisimulable timidez. Esta modalidad, sin hacerle misántropo o torpe, no le ayudó ciertamente en las pugnas de la ambición o la fortuna, no lo aligeró para el trámite de una sociedad en la que reinaba, más de lo común, el gesto extremoso, el afán advenedizo y la alegre vacuidad.

Escuela, enseñanza media y comienzos universitarios poco agregaron a un ejercicio casi connatural del autodidacta que, primero entre los libros de su tío, o después entre los del Ateneo de Montevideo, recogería, como casi todos los hombres de su tiempo, lo mejor de su cultura. Rodó se orientó bien pronto hacia “las humanidades” o a lo que por tal se entendía hacia fines del siglo XIX. Literatura, Historia y Filosofía fueron entonces, y lo serían siempre, las tres líneas directivas de su interés, la materia de su saber, los elementos de su visión de la vida. **Forma, Tiempo e Idea** serán, íntimamente trabadas, las tres categorías de su pensamiento.

Llegó a la adolescencia y a la juventud en la etapa en que el Uruguay transpone, dolorosamente, la serie, breve pero intensa de los gobiernos de cuartel; desde su mundo, cerrado y familiar, se estremeció honradamente, como se estremecería, después, con las desgracias y las esperanzas del país.

Hacia 1890, Rodó era uno de esos “muchachos que prometen”, sin que sus logros concretos presten todavía mucho asidero a esta perspectiva, a esta promesa. En 1895, un núcleo de jóvenes fundó una revista que duró hasta 1897. Era heterogénea y desigual y se llamaba “Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales”. Poco queda de ella, salvo los artículos que Rodó comenzó a publicar en sus columnas. Algunas colaboraciones eran simplemente eso: artículos; otras tenían magnitud de “ensayos”, y un tercer grupo fue refundido como tal dieciocho años después. Cualquiera fuera su extensión, permitían señalar la rara presencia de esa flor de cultura que es el “crítico”, es decir, el hombre capaz de desentrañar la técnica, la perspectiva y el mensaje de una obra, recrearla por la explicación o enriquecerla por la glosa y mostrar por fin sus valores a la luz de ciertas normas flexibles del pensamiento y del gusto. Rodó había estudiado bien a sus maestros: el francés Sainte Beuve y el español Menéndez y Pelayo, asimilándolos con el mismo fervor con que después integraría en su bagaje mental las obras de Ernesto Renán, de Guyau, de Taine y de Emerson. Los años en que Rodó contribuyera a la “Revista Nacional” fueron años de crisis, de incertidumbre, de honda convulsión de ideas. Al derrumbarse, o simplemente ponerse en entredicho, las corrientes dominantes del pensamiento y la vida que habían orientado al siglo, el mundo comenzó a sufrir la serie de transformaciones — espirituales primero, sociales y económicas después — que se prolongarían hasta nuestros días. La fe en los

métodos científicos del conocimiento, en el progreso indefinido del hombre, en la suficiencia de la realidad como contenido del arte, en la eficacia de la libertad y la razón como normas y móviles de la conducta se conmovió por mil lados. La ola de malestar y de duda corrió desde Europa y, al universalizarse, llegó hasta playas americanas. Rodó expresó muy agudamente este estado espiritual en dos ensayos: "El que vendrá" y "La Novela Nueva" (sobre "las Academias" de Carlos Reyles), ambos publicados en 1896. En 1899, su "Rubén Darío" tradujo también esta situación al tiempo que continuaba la labor del crítico de la "Revista Nacional": fue factor decisivo en la fama española y continental del autor de "Prosas Profanas".

"Ariel", de 1900, ratificó la reputación que Rodó había ganado en años anteriores y su resonancia ha sido inmensa. Su tono de seguridad y sereno optimismo valía por una superación de la inicial incertidumbre. Su apelación a la juventud como fuerza creadora, sus preceptos morales, fáciles y seductores; la concepción de la ley moral "como una estética de la conducta", su denuncia de la utilidad como criterio exclusivo de la vida, su conciliación del legado griego y el legado cristiano, su ataque a la deformación plebeya de la democracia y su proclamación del principio selectivo en la dirección de los pueblos, su afirmación de la integridad humana contra las limitaciones del especialismo, de la intolerancia y de la presión social, la personalización en los Estados Unidos de esos males que denunciaba suscitaron en América un entusiasmo y encontraron un eco que trascendieron en mucho los normales de una obra literaria de éxito y crearon en todos los países nacidos de España un movimiento espiritual, de sentido cultural y político, que no es injusto llamar "arielismo".

Hoy, después de medio siglo de historia revuelta y trascendental, muchos elementos de "Ariel" pueden resultar caducos. El tiempo ha corrido en sentido inverso al de muchas previsiones y diagnósticos del libro. Su visión de los Estados Unidos, por ejemplo, que tuvo tanto de libresca, se limitó a denunciar males mucho más universales de lo que él pensó, al estar ordenada por una creencia, hoy en general superada, en cierta entraña "típica" de las culturas nacionales que, en el momento actual, tiende a transferirse a las épocas históricas. Su fe en la juventud nos parece a veces un poco crédula y mecánica y otras un fenómeno característico de tiempos acumulativos y seguros, tan distintos al nuestro. No creemos tan fácil la técnica de ser bueno y más que asegurarle al régimen político una aristocracia de selección en su cumbre nos preocupan la decencia, la lealtad y la eficacia, el respeto al quilate humano, de los que deban hacer de esa "política" un oficio de humildad, bajo el dictado de irresistible, de específica vocación. También nos parece más importante asegurarle a todos, al vulgar y al selecto, esa pequeña cuota — sin la que la vida es irrespirable — de libertad, de seguridad y de verdad; más importante salvarla de los estados tentaculares, de las opiniones dirigidas, de las grandes masas beligerantes, del mundo mecánico deshumanizado, que resguardar el prestigio ejemplar de ciertas delicadezas del sentimiento, la razón y la conducta.

(Aunque tampoco éstas dejen de ser valiosas; tampoco dejen de ser — más mediatamente — necesarias.)

Pero también queda de “Ariel” — sin duda — su honda preocupación por hacer de América el hogar de las mejores corrientes de la historia humana, su esfuerzo por iluminar el destino del mundo nuevo como una síntesis de cultura, superando, en un escenario más limpio y desembarazado, sus internas contradicciones y sus mutuos conflictos. Permanece también del Rodó ariélico ese doble movimiento de su inteligencia que consiste en enfrentar la realidad lealmente, en verla con ojos claros y en aceptarla en su humilde y prosaica presencia, para trascenderla después hacia un reino espiritual de esencias y valores, ampliando con ello las perspectivas de la persona y levantando sobre lo material y lo inmediato los móviles de su conducta. Su defensa de la integridad personal ha permanecido muy viva, y aun ganado vigencia, ante la presencia de amenazas más graves que las que él enfrentara, ante la lesión continua de fuerzas que no previera. La remodelación en serie de las multitudes, la regimentación minuciosa de la vida pública, la intromisión destructora en la privada, la creciente dirección del pensamiento eran factores inéditos en los felices albores del siglo.

Toda la obra posterior de José Enrique Rodó es, en mayor o menor grado, el desarrollo de los temas o las ideas de “Ariel”. Su ataque al exclusivismo y a la intolerancia como mutiladoras de la personalidad, al limitar la visión de la vida, al impedir una comprensión más simpática de la realidad presente y de la historia, está vertido en su serie polémica de 1906: “Liberalismo y Jacobinismo”. La tolerancia es en Rodó un concepto clave y a la vez muy complejo. Es una actitud de duda y de cautela ante toda afirmación dogmática. A veces parece desconocer la necesidad que tenemos de un punto de vista, de una perspectiva, o la sed inmortal del hombre por conocer la última verdad de las cosas. Pero también es una actitud de cortesía (y más hondamente, de caridad) ante las personas, ante los seres concretos que piensan y portan convicciones diferentes y hasta hostiles; también es una actitud de simpatía ante las ideas y también, en sociedades muy divididas, como las actuales, pero que deben encontrar una norma de convivencia pacífica, un principio irremplazable de paz y de acción eficaz y solidaria.

Su obra más ambiciosa y elaborada, “Motivos de Proteo”, de 1909, es un examen a lo largo y a lo ancho de las potencias y riquezas de esa personalidad cuya defensa encareció en “Ariel”, una minuciosa indagación de sus posibilidades y caminos. Sus parábolas han quedado como modelos de un género difícil y de ilustre linaje.

Desde su juventud, Rodó había sembrado al viento de homenajes, prólogos, recordaciones o actividad periodística, muchas páginas de entidad diversa y desigual importancia. Todas, sin embargo, están marcadas por la misma segura maestría de la forma y la coherencia de pensamiento de sus obras

mayores. La mayor parte de ellos fueron recogidas en 1913, en “El Mirador de Próspero”, que es un libro extenso y vario y, por su mismo carácter misceláneo, uno de los más vivos de su producción. Los ensayos sobre Bolívar y Montalvo, la refundición de varios más antiguos en “Juan María Gutiérrez y su época” nos muestran a Rodó en lo que fue su verdadera obsesión durante sus años de este siglo: la aspiración a darle a los países de Iberoamérica una conciencia común de su patrimonio espiritual encarnándola, sobre todo, en sus grandes figuras civiles y militares, en esos “héroes” cuya función histórica destacaron tanto algunos de los pensadores que lo formaron. Rodó aplicó su magisterio, verdaderamente continental, a lograr una actitud solidaria de la inteligencia de estos pueblos ante sus esperanzas, peligros y posibilidades. “El americanismo” fue en él — desde 1900 — una pasión militante que hizo pasar a segundo plano otras tareas más exclusivas o desinteresadamente artísticas.

Como la mayor parte de los escritores americanos del pasado, Rodó no realizó su obra al margen de la agitación política y social de su medio y de su hora. No lo permitían ni la estructura de sociedades poco diferenciadas, en las que el grupo directivo culto debía multiplicarse en una gran variedad de funciones, ni una concepción del deber intelectual heredada del Romanticismo y aún del siglo XVIII que, al considerar al espíritu como “la sal de la tierra”, imponía al escritor la obligación de orientar a los hombres, luchando, con sus propias armas, por la suerte de todos. El estilo de esta participación fue en Rodó, sin embargo, muy distinto que el de los escritores embanderados de nuestros días. Su filosofía y su temperamento le llevaban a contemplar los hechos desde la altura y en lejanía, desentrañando su sentido en función de esos intereses espirituales de los que como intelectual se consideraba custodio, arrimando su fervor y su lucidez a las fuerzas que le parecían de promoción, a las soluciones que le parecían constructivas. Por ello, tanto sus primeros ensayos, como “Ariel”, “Liberalismo y Jacobinismo” y aún “Motivos de Proteo” son testimonio de una inteligencia consciente de sus deberes, responsable, seriamente atenta y vibrante a los acontecimientos del país, del continente y del mundo.

Rodó ocupó, muy fugazmente, alrededor de 1900, algunas funciones oficiales, como la de profesor de Literatura en la Universidad y la de Director de la Biblioteca Nacional. Pero, además de escritor reflexivo, laborioso y lento, lo que Rodó fue casi constantemente es periodista y político. Hacia 1897 escribió en “El Orden” y en época posterior lo hizo en “La Razón”, “El Diario del Plata” y “El Telégrafo”. Fue diputado desde 1902 a 1914, con algunas interrupciones. En realidad, política, periodismo y literatura formaron en él tres tipos de labor casi imprescindibles. Periodística fue la ocasión de la mayor parte de sus obras, con exclusión de “Ariel”, “Motivos de Proteo” y algunos ensayos biográficos; política — en el sentido más amplio y mejor — la finalidad de muchas de sus páginas, desde las de “Ariel”, “Motivos de Proteo” y algunos de los peligros que acechaban a América hasta las de “El Mirador de Próspero”, destinadas a suscitar una común conciencia hispanoamericana.

En cambio, se ha señalado que Rodó, que se sentó en la Cámara de Diputados casi una década, lo hizo habitualmente sin brillo y sin mayor resonancia. Tal vez no sea impreciso sostener que no tuvo ninguna de las condiciones natas del político y sí algunos de los lastres del intelectual dedicado a la vida pública. Le faltaron la pasión, la intransigencia, la unilateralidad, la capacidad de imponer o soportar disciplina que caracterizan al conductor eficaz o al colaborador destacado. Era retraído y tolerante, veía todas las cosas excesivamente facetadas y parecía inclinarse con exceso a contemplar las razones del adversario. Su informe sobre la “ley de ocho horas”, de 1908, muestra, sin embargo, una inteligencia generosa y despierta a las realidades de lo social y más fugaces intervenciones suyas no carecieron de acierto y de eficacia.

Los artículos de la “Revista Nacional” revelan ya al artista de la expresión tersa y cuidada que Rodó fue. Su estilo, que se hizo más ágil “Ariel”, más solemne y complejo en “Motivos de Proteo”, guardó siempre una excelencia que le coloca al margen de disgustos y que hizo de él, en su época, “el estilista” por excelencia. Podrá preferirse una expresión más viva, cálida y directa, menos trabajada desde afuera, más breve, más elíptica. Pero en épocas de literatura confidencial, de audacia improvisadora, de irresponsabilidad novelera, su concepción de “la gesta de la forma”, su mandato de “decir las cosas bien” ejercen y ejercerán una influencia profunda y saludable.

Durante muchos años dominó una visión de Rodó que algunos han llamado “marmórea”; una visión que lo contempló como un hombre inalterablemente inmune, feliz y victorioso. En realidad, sabíase y se sabe hoy mejor, que la vida no le ahorró ni sus golpes ni la erosión de más continuos dolores. La revolución de 1904 y el espectáculo de nuestro pueblo destrozándose entre sí o aturdiéndose frívolamente ante la paz lo sumió en la desesperación. Le lastimaron lo mismo el silencio que la atención superficial y de cumplido que la labor intelectual merecía en su hora. Su tiempo uruguayo fue el de una sociedad pasionalizada por la política, aun sin diversificar, en la que las cosas del espíritu no disfrutaban de ningún sector autónomo de valoración, de juicio, de destino. Aunque nació en un hogar acomodado, la vida no le fue fácil más allá de cierto mínimo que ni la hermosea ni la promueve. La fama no le valió fortuna. Favores imprudentes le pusieron durante años en manos de los usureros. Con un espíritu dotado para el amor, pasó por misógino y ha habido que rastrear en su vida para encontrar nombres de mujer. No parece audaz sostener, a pesar de esto último, que no conoció esa pasión total que enriquece la personalidad, la trasciende y renueva. Le tocó vivir sus años finales durante el período en que la cuestión de la integración del Ejecutivo: uni o pluripersonal, dividió al país en dos bandos aparentemente irreconciliables. Su prestigio sufrió con esta división.

Sedentario hasta entonces, despertó y después se acentuó en él la universal ilusión del viaje. Sus confidencias, desde 1904, transparentan un

verdadero deseo de fuga hacia Europa. Recién pudo satisfacerlo en 1916, mediante un contrato de colaboración periodística con la revista de Buenos Aires, "Caras y Caretas". Ante su partida, un verdadero movimiento nacional se produjo para impedirlo, como si un viaje a Europa fuera una tragedia. Era que se sentía que el que se iba lo hacía en un estado espiritual de desterrado. Nada se evitó y Rodó se embarcó en julio de 1916. Parece que la lejanía le aireó el alma de esas pequeñas miserias que se acumulan bajo el hombre quieto. Pero no pudo disfrutarla mucho. Después de pasar por Portugal y España, Italia lo esperaba. Y la muerte. Fue en Palermo de Sicilia y todo terminó el 1° de mayo de 1917. (Un tifus abdominal mal cuidado lo abatió en pocos días.) El fin no encontró un hombre viejo — 45 años — pero sus imágenes de los últimos años nos restituyen un ser — para nuestro criterio actual — precozmente gastado, precozmente envejecido. (Tal vez influyan en nuestro juicio la gravedad forzada del miope y las modas solemnes de aquel tiempo. Tal vez la obra del encierro estudiantil o la de los paliativos de la tristeza.)

Durante el viaje, Rodó había tenido tiempo de aumentar sus páginas con una serie de correspondencias que se publicaron en libro, después de su muerte, con el título feliz de "El Camino de Paros". No desmerecen del resto de su obra. Una obra breve, ceñida, responsable. Que ha resistido la doble marea del elogio insolvente y del ataque pedante o desenfocado. Que lo salva en definitiva de la muerte. Que lo trae hasta nosotros, siempre un poco distante, tieso y profesoral, como lo fue en su existencia carnal. Pero también solitario, tímido y entrañable, todo vibrante a esas ondas — nuevas, viejas, eternas — de la verdad, del bien, de la belleza, todo desvelado por darles un hogar en la vida y en la conducta, en la inteligencia y el corazón de hombres y de pueblos.